

K. Bart —observa atinadamente el P. Alonso— ni siquiera sería posible introducir el 'solus Christus'".

En el presente estudio, pues, el P. Alonso, tan conocedor de la Mariología y de todo el pensamiento actual de católicos y no católicos, hace un esfuerzo realmente meritorio, claramente original para salvar la mediación de María de los peligros de una cristología supuestamente amenazada. Aportación que habría de discutir, mejor dicho, confrontar personalmente con él, para ver de salvar esas pequeñas *reducciones* que, personalmente también, estimamos innecesarias —supuesto el concepto tomista de participación— para salvar una mediación realmente eficaz, causal-efectiva y no reducirla a una mediación dispositiva personal o moral-funcional, que, siendo mucho, se queda en una mera posibilidad de la Salvación de Cristo. El Vaticano II, que interpreta el peso de toda una gloriosa Tradición, afirma insistentemente de la mediación mariana (presentándola en su aspecto de *maternidad espiritual*) que es una verdadera cooperación de *asociación* (creo no hay por qué tener miedo a las *cum* o *co*, ¿o no son lo mismo que *συν*?): aunque ya se hace la observación, esta asociación está subordinada a Cristo y de Cristo recibe la verdadera eficiencia causal. Si bien, siempre dentro de este amplio concepto de Mediación entra la *causalidad moral*, la comunión de sentimientos y la fuerza de intercesión —nacida de sus méritos personales— de la que mereció ser hecha digna Madre de Dios y "prae aliis generosa socia".

Laurentino M.^a HERRÁN

Pedro RODRÍGUEZ, *Fe y vida de fe*, col. "Temas de Nuestro Tiempo", EUNSA, Pamplona 1974, 244 pp.

Pedro Rodríguez, Profesor de Teología Dogmática de la Universidad de Navarra, ha publicado las nueve homilias que pronunció en la Catedral de Pamplona, con ocasión de la solemne Novena de la Inmaculada Concepción de 1973, uno de los actos de mayor raigambre entre los que organiza anualmente la Capellanía de la Universidad de Navarra.

No es nuevo en la tradición universitaria occidental, el sermón en el seno de la corporación académica. Desde que Roberto de Courçon, legado papal, diera estatutos a la Universidad de

París en 1215, los ejemplos se han multiplicado. Unas veces para salir al paso de errores que se infiltraban en los claustros académicos, y de los que algunos “maestros” se hacían eco en sus explicaciones de cátedra: tal es el caso, por citar uno muy célebre, de las tres series de *collationes* dichas por San Buenaventura en 1267, 1268 y 1273, que fueron eficaz freno a los abusos de los “artistas” seguidores de Sigerio de Brabante. En otras ocasiones, a causa de la necesidad sentida por los clérigos incorporados al claustro docente, de ofrecer a un público cristiano de formación superior una predicación adecuada a su alta cultura, como es el caso de los discursos de Newman en Oxford en 1832 y 1833 —que marcan ya su transición a la fe católica—, o los sermones de Guardini en la Universidad de Munich después de la última Guerra Mundial. Y también surgen como un esfuerzo por confirmar en la fe a los estudiantes católicos inmersos en un ambiente demasiado favorable al sincretismo, como son las conferencias religiosas de Knox en Oxford entre 1928 y 1938.

Pues bien; en tal contexto académico —aunque los ejemplos antes aducidos sean de muy desigual valor— y como uso ya adquirido, debe encuadrarse el libro que reseño, dividido en una presentación (primera homilía), una primera parte: *El acto y la virtud de la fe* (tres homilías) y una segunda parte: *La vida de fe*. El autor declara en su nota al lector que, “al hablar de deudas, merece una mención aparte la que tienen este libro y su autor con Mons. Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad de Navarra”; y dedica su obra a Santa María, Madre de Dios: “a Ella, que las motivó, quieren estas páginas rendir homenaje”. La tesis central del autor se puede resumir, según sus propias palabras, como sigue: “La fe no es una actitud sentimental, es algo que se asienta en la *inteligencia* del hombre, que tiene su propio alimento: la verdad. Lo tremendo hoy es que hay mucho veneno que se hace pasar por alimento (...). Pero también se alimenta con la vida, con la vida cristiana, porque en la fe interviene la voluntad. *Fe y vida de Fe* he querido titular a ese libro para poner esto de relieve: la fe doctrinal pide de suyo proyectarse e informar —dar forma— la vida entera de un cristiano”.

El volumen comentado es modélico por su interés, que no decae en ningún momento; por la armonía con que se conjugan las fuentes de la Revelación y los análisis de los grandes Doctores de la Iglesia Católica: San Agustín y Santo Tomás prin-

cialmente, lo que nos ofrece la oportunidad de saborear —con respeto y veneración— el rico patrimonio de la tradición cristiana, distendido a lo largo de veinte siglos de ininterrumpida profesión de fe; por el tono directo: “antes que libro, que cosa escrita, estas páginas han sido palabra hablada, intercambio de ideas y experiencias sobre un tema capital: la fe”; y por su origen mariano y universitario, que le confiere ese tono joven, audaz y sentido que se paladea al leer y que tanto se agradece. Los nueve capítulos rezuman sugerencias e insinuaciones que delicadamente motivan a la oración e invitan a reflexionar sobre el mensaje revelado. Pero, entre todas las cualidades del volumen, me atrevería a destacar, como una de las más sobresalientes, la elegancia de la prosa castellana: viva en todo momento; a veces tierna, como cuando trata de hablar al corazón; fuerte y exigente al presentar los caminos de santidad; renovándose siempre; lenta y rítmica desgranando las ideas; en definitiva: brillante y feliz, como oyendo al predicador decir las palabras en las solemnes naves de la Catedral.

Posiblemente el género exhortativo de las homilias que forzosamente se limita a pinceladas, haya llevado al autor a acen-
tuar mucho en algunos pasajes el aspecto de la lucha ascética, recurso oratorio, por otra parte, perfectamente válido y conocido. No obstante, pienso merece comentario especial la doctrina vertida en la séptima homilía, titulada: *La fe y las virtudes humanas*. En ella el Prof. Rodríguez termina uno de los epígrafes con la siguiente afirmación: “el desarrollo de una vida cara a Dios consiste en la lucha por vivir las virtudes teológicas y las virtudes humanas” (p. 177), remitiendo, como argumento de autoridad, al prólogo de la *secunda secundae* de Santo Tomás. Y a partir de aquí pasa a tratar de las virtudes humanas o morales adquiridas (prudencia, justicia, fortaleza y templanza), susceptibles de ser vividas —según el autor— incluso ejemplarmente entre algunos no cristianos; virtudes que, de sobrevenir la gracia santificante, serían elevadas al orden sobrenatural. ¡Difícil y polémico tema! Pues bien; a mi entender, no es tal la teología de Santo Tomás y, por tanto, puede sorprender un poco el recurso al prólogo de la *secunda secundae*. Ciertamente que el Concilio de Trento sólo definió que con la gracia se infunden las tres virtudes teológicas (sesión VI, cap. 7); y que, en definitiva, es libre afirmar o no la existencia de virtudes morales infusas. Pero Santo Tomás es, sobre este particular, tan tajante (cfr. por ejemplo, *Sum. Theol.* I-II, q. 63

y *De virtutibus in communi* q. un., a. 3 c), como lo es al estimar que no cabe virtud adquirida *perfecta* sin la caridad sobrenatural (cfr. *Sum. Theol.* I-II, q. 65, a. 2; II-II, q. 23, aa. 7 y 8; etc.). Sin duda, el autor no pretendía tomar partido en sutiles controversias, sino exponer clara y llanamente la doctrina de la Iglesia. Pero imperceptiblemetne en este caso, movido quizá por el fervor de su apasionada predicación, optó por Escoto frente a Santo Tomás, cuando —como me parece deducir del contexto— pretendía precisamente lo contrario. ¡Bienvenido *lapsus linguae*, si realmente lo hubo, que nos ha brindado la oportunidad de respirar, tan hondo, ese optimismo de vivir que exhalan las virtudes humanas...! Pero no estoy de acuerdo.

He dejado para el final el comentario de la novena homilía: *La Virgen María y la vida de fe*, que comienza con un análisis delicioso de “la *única* palabra de María, dirigida a los hombres, de la que queda constancia en los Santos Evangelios” (p. 226): *Haced lo que El os diga*. Sigue después, ¡en sólo dieciséis páginas!, un excelente resumen de todas las gracias y privilegios que recibió la Virgen María, que va deduciendo el autor, guiado por el Magisterio de la Iglesia, el testimonio de los Padres y las oraciones de la Sagrada Liturgia, del primer principio de la Mariología, que es el dogma de la Divina Maternidad. Sospecho que difícilmente podría haberse presentado mejor compendio de todo cuanto hay que creer en torno a Santa María, pues está escrito con tanto rigor, unción y precisión técnica, que forzosamente habrá de despertar en el lector un gran amor a la Madre de Dios. Mención especial requiere el tratamiento del epígrafe titulado *La fe de María*.

Hasta aquí algunas ideas que me sugirió la lectura del presente libro, al que auguro —estoy seguro— gran éxito de crítica y mucha fortuna entre el público de cultura media y superior.

J. I. SARANYANA

Antonio ROYO MARÍN, *Los grandes maestros de la vida espiritual. Historia de la espiritualidad cristiana*, BAC, Madrid 1973, 496 págs.

El Padre Royo Marín O. P. ocupa, sin duda alguna y con todo merecimiento, un lugar destacado entre los teólogos es-